

sueño misericordioso bajaba á besar mis párpados entornados.

¡Estoy tan solo!...—¡Ah! No... Las piadosas manos de mi madre y otras manos queridas colgaron de mi cuello hace tres meses dos santas medallas con la imagen de la Madre de los afligidos...—¡He aquí tan sagradas prendas!—Y he aquí también que, por la primera vez después de muchos años... (reparen en esta confesión los jóvenes que hayan renegado de toda fe, embriagados por la soberbia de imaginarios dolores); por lo primera vez, digo, después de muchos años de jactanciosa *emancipación* y sacrilega *libertad*, siento reanimarse en mi alma inefables afectos, volver á mi memoria santas oraciones, y despertarse en mi corazón plácidas esperanzas... (1).

¡Dios sea bendito en el momento en que acerco á mis labios la celestial imagen de María, y bendita sea la madre que me llevó en sus entrañas y me enseñó á pronunciar el dulce nombre de la Reina de los Angeles!

¿Significará todo esto que la Guerra me ha hecho neocatólico?

¡Nada me importa lo que digan de mí, con tal que se crea en la sinceridad de estas emociones!

(1) Este párrafo y el siguiente están copiados al pie de la letra de la primera edición del DIARIO DE UN TESTIGO, publicada en 1860...—No sé, pues, en qué se habrán fundado algunos críticos para atribuir á recientes *mudanzas* y *flamantes conversiones* la religiosidad de que más tarde he dado iguales muestras en mis novelas *El Escándalo* y *El Niño de la Bola*.—¡Así se escribe la Historia, ó, por mejor decir, así se ejerce la crítica!—(Nota del Autor para la SEGUNDA EDICIÓN.)

VI

En que se ve por el revés la presente historia.—Planes de los Moros; sus Ejércitos; sus proclamas y pregones; sus pérdidas.—Nuestros prisioneros.—Situación de Tetuán durante las últimas acciones.—Muley-el-Abbas.—Muley-Ahmed.—Las kabilas.—Con lo demás que verá el curioso lector.

Tetuán, 7 de Febrero.

Una de las infinitas razones que tenía yo para desear comunicarme con Moros y Judíos, era la viva curiosidad que me excitaba á romper el encanto y descifrar el misterio que han rodeado al Ejército enemigo durante toda la Campaña.

El número de sus legiones y de sus pérdidas; la procedencia de las hordas que hemos batido; el nombre de sus Generales y jefes; lo que decían la víspera y al día siguiente de cada acción; la idea que tenían de nosotros; la explicación de sus maniobras; lo que hacían de sus heridos; el juicio que formaban los habitantes de *Tetuán* acerca del curso de la Guerra: todo esto y otras muchas cosas, que sólo hemos sabido por cálculos ó conjeturas, por adivinación ó por el relato de falaces prisioneros, eran datos muy preciosos para la inteligencia de la presente historia, sin los cuales carecería de realidad y verosimilitud.

¡Pues todo esto lo he averiguado hoy!

Para ello he sometido á *Abraham* (mi huésped ó patrón) á un prolijo interrogatorio, y escrito al paso todas sus respuestas. Después he salido á la calle y trabado conversación con cuantos Moros y Judíos he visto, llegando á convencerme de que el primero no me había engañado en cosa alguna,

Mi diálogo con Abraham acerca de la Guerra, principió del siguiente modo:

—; Pues, señor, me has dado un gran almuerzo! (exclamé, saboreando un rico chocolate, como no lo había tomado hace mucho tiempo). En verdad te digo, mi querido Abraham, que no esperaba encontrar tan bien provista tu despensa...

—; Gracias á Dios, los Moros han respetado mi casa!—respondió el viejo Judío, paladeando una taza de café.

—Eso habrá consistido en que tú serías amigo de algún Moro...

—; Amigo!... ; No, señor! ; Yo los detesto á todos!...—Pero, en fin, me han tratado regular..., por recomendación de unos comerciantes ingleses.—; De quien yo soy muy amigo es de usted, que tan cariñosamente se ha portado con el pobre *Santiago!*...

—Pues si eres mi amigo, hazme un favor que no te costará nada. Cuéntame todo lo que sepas de la Guerra que acaba de pasar, empezando por referirme todas las hablaturías de los Moros...

—La verdad, señor, es que esos perros no se han mordido la lengua para hablar mal de España. Odiábanla más que á ninguna otra nación, y despreciábanla al mismo tiempo, creyéndola incapaz de hacerles la guerra.

”Á Francia la respetaban por resultas de la toma de Mogador y del bombardeo de Tánger en 1844, así como por las noticias que tenían de su creciente dominación en Argelia. Además, nadie había olvidado la gran derrota sufrida en Isly por *Sidi-Mahommed* (primogénito del Emperador difunto, y Emperador actual), y el recuerdo de aquel pavoroso día les hacía acatar y reverenciar el nombre francés de la manera que esta gente reverencia y acata todo lo que es fuerte y afortunado.

”Con Inglaterra sucedía otra cosa muy dife-

rente. También la aborrecían, como á todo el mundo; pero creían necesitarla y poder contar con su ayuda para el día que se viesen metidos en guerra con cualquiera otra nación.—; Y, ciertamente, Inglaterra se cuidaba tanto de los asuntos marroquíes como de los suyos propios! Daba instrucciones á los Artilleros musulmanes; proporcionaba cañones á las principales plazas del Imperio; surtía de pólvora lo mismo á las kabilas que á las tropas de rey; defendía en los consejos de Europa la integridad del territorio de Marruecos, y, en cambio de todo esto, no había exigido nunca á Abderramán un tributo, una reforma civil ó religiosa, ni un palmo de terreno; nada, en fin, que pudiera excitar su desconfianza.

”Pero hay más: si por acaso algún receloso Santón echábase á investigar la causa de que la egoísta Inglaterra fuese tan desinteresada y gratuitamente amiga de los Moros, no faltaba quien le saliera al encuentro con esta adulatora manifestación: “*Nuestro interés es uno mismo: Musulmanes é Ingleses, todos somos enemigos de María; todos aborrecemos la Misa; todos deseamos el exterminio del Papa*”; y unido esto al espectáculo de fuerza que los Ingleses presentaban en Gibraltar, y al poder marítimo que desplegaban frecuentemente en la bahía de Tánger, hacía que los Marroquíes más díscolos y fanáticos llamasen á la Gran Bretaña su aliada, su amiga y su protectora.—Gibraltar los consolaba de Ceuta.

”; *Ceuta!*—Aquí tiene usted la explicación del odio preferente que profesaban á España.—; España era la única nación cristiana que ocupaba el territorio marroquí! *Ceuta, Melilla* y los demás presidios españoles de esta costa quitaban el sueño á los Musulmanes hacía muchos años. Los *Derviches*, para hacerse populares, empeza-

ban siempre por profetizar que estaba cercano el día en que ardería la Misa en todas las plazas españolas de Marruecos. Las gentes de armas no soñaban con mejor empresa que con reconquistar estas ciudades, y las kabilas fronterizas eran excitadas continuamente á hostilizar allí á los perros cristianos.

—¿Cómo se cumplía este encargo, usted lo sabe!—Así las hordas rifeñas como las tribus de Anghera y de Benzú, violaban todos los días la ley de los Tratados, insultaban la Bandera española, disparaban sus espingardas y sus cañones contra los muros de vuestras plazas, y rara vez transcurría un año sin que alguna cabeza de soldado español fuese llevada como el más estimable presente á las gradas del trono de Abderramán.—Vosotros reclamabais; éste se excusaba; los Moros fronterizos hacían falsas promesas; repetíase la agresión por orden del mismo Sultán; volvíais á quejaros diplomáticamente; *Alcaides* y Generales reíanse de vuestras quejas; fingían castigar á los agresores, bien que dándoles premios secretamente..., y vosotros no os atrevíais nunca á tomaros la justicia por vuestra mano, á salir de Ceuta ó de Melilla y escarmentar á vuestros desleales vecinos; á hacer, finalmente, lo que hubieran hecho en vuestro caso Francia ó Inglaterra, ó vuestros ilustres progenitores, los castellanos de otros tiempos.

—¿No salen porque no pueden! (decían los Moros). *Los Españoles son cobardes como gallinas. Sus centinelas se esconden cuando nos acercamos á las murallas, y huyen desparvoridos cuando les hacemos fuego. Los Españoles tienen guerra en su casa sobre si ha de mandarlos una mujer ó un hombre; carecen de barcos y de Caballería, y son muy pocos, muy débiles y muy pequeños, mientras que los Moros somos muchos, muy fuertes y muy grandes... La hora se apro-*

xima en que los echemos de nuestra tierra para siempre. Después nos meteremos en naves inglesas, é iremos á desembarcar en el Reino de Granada, que ha sido nuestro, y conquistaremos otra vez la Alhambra, y tomaremos á Córdoba, Sevilla y Toledo, donde duermen nuestros padres, y acabaremos con Isabel II y con los Españoles, como acabamos en otro tiempo con D. Sebastián y con los Portugueses.”

—¡Magnífico programa! (exclamé yo con tanta risa, como vergüenza me hubieran causado aquellas mismas palabras hace tres meses). ¡Vive Dios que esos bárbaros tenían sobrada razón para juzgarnos de tal manera!—; Pero no dirán ahora otra tanto!

—¡Ah! Ya lo creo...—replicó Abraham con su delicada sonrisa.

—Continúa. Veamos cómo se recibió en Tetuán la primera noticia de que los Españoles queríamos guerra.

—Me acuerdo como de lo que hice ayer... Fué de la manera siguiente:

“Hará cosa de seis meses, un día de muchísimo calor, presentáronse en Tetuán como unos veinte Moros, pertenecientes á la grande y belicosa kabila de Anghera, y participaron al Gobernador *Ben-el-Hach* (Alcaide á la sazón de esta Plaza) que *se preparase*, pues iba á haber guerra con los Españoles.

—¿Quién os ha dicho eso?—les preguntó *Ben-el-Hach*, lleno á la vez de susto y alegría.

—Nosotros, que la hemos buscado, derribando la piedra divisoria del Otero y pisoteando las armas españolas—respondieron los montaraces.

—¿Eso es demasiado, y el Sultán os cortará la cabeza!—dijo un tal *Fragí*, administrador de la Aduana de Río Martín, á quien le iba muy bien con este destino.

—¿Hemos cumplido con nuestro deber! (re-

plicaron los montañeses). El Cristiano se ha empeñado en edificar un Cuerpo de guardia en terreno que no es suyo, y contra lo escrito en el Tratado. Nosotros hemos derribado dos ó tres veces la obra comenzada, sin lograr atraer á un campo neutral á nuestros enemigos, á fin de que las armas decidiesen quién tenía razón, hasta que, cansados ya de esperarlos y de que no acudan á nuestro desafío, hemos echado á rodar aquella piedra aborrecida, colocada en mal hora sobre el Otero por la debilidad de nuestros padres, y que es un monumento de ignominia para las tribus de Anghera y un desacato á las sagradas leyes de Mahoma.

—¡Tenéis razón...—exclamaron el Gobernador y otros cuantos Moros que asistían á esta conferencia.

—¡No tenéis razón, y el Sultán os degollará cuando lo sepa!—replicó el susodicho *Fragí*.

—¡Pues hará mal! (respondieron los de Anghera). ¡Si el Sultán nos mata, esos soldados menos tendrá para la inevitable lucha! *Ceuta* arde en este momento en furor y en indignación... Por Gibraltar sabemos que la noticia de nuestro insulto ha conmovido á toda España, y que los Cristianos piden á voces la guerra contra el Moro... Además, nuestros amigos de *Sierra-Bullones* están decididos á morir antes que ceder en la demanda; y si el Emperador no quiere guerrear por la razón y la justicia, nosotros guerreamos por cuenta propia y tomaremos á *Ceuta*, y quemaremos la Misa el día de la Pascua de los Cristianos.

—Así diciendo, saludaron al Gobernador los veinte fronterizos, y esparciéronse por la ciudad, que ya había comprendido algo de lo que sucedía, y empezaba á agitarse sordamente...—Fueron, pues, de casa en casa, arengaron á los tímidos, comprometieron á los prudentes, arre-

bataron en pos suyo á los audaces, atrajeron fácilmente á los *Santones* y *Derviches*, dirigiéronse á las mezquitas, hablaron largamente sobre el particular, leyeron con tremebundo acento todos los versos del Corán que hablan de la bienaventuranza de los que mueren en guerra con infieles, y sobre todo con Cristianos; y cuando, ya anochecido, abandonaron á *Tetuán*, la fiebre patriótica y el fanatismo religioso enloquecían á tres cuartas partes de sus moradores.—Ni los Angherinos se contentaron con esto, sino que se desparramaron por esas montañas y llegaron hasta el Rif, comprometiendo en su empresa á todas las kabilas que encontraron y haciéndoles jurar “que si el Emperador no hacía la guerra, la harían ellas contra los Cristianos y contra el Emperador”.

Después de estos sucesos transcurrieron algunas semanas, durante las cuales no se supo en *Tetuán* nada de fijo.—Por una parte oíamos hablar de que el Sultán daba satisfacciones, y por otra veíamos hacer grandes armamentos. La gente del Gobierno (1) hablaba mucho de paz; pero las kabilas seguían creyendo en la Guerra, y los *Santos* y *Santones* la daban como cosa segura.

En esto se recibió la noticia de la muerte del emperador Abderramán y de la subida al trono de su hijo primogénito, *Sidi-Mahommed el de la mala estrella*.—Nadie dudó ya entonces de que la Guerra se llevaría á cabo! ¡*Sidi-Mahommed* era el más tremendo enemigo que tenían los Cristianos en el Imperio! Cuando perdió la batalla de Isly, su padre le prohibió montar á caballo larguísimo tiempo, penitencia que soportó sin murmurar el Príncipe vencido, bien que jurando por su parte no cortarse la barba ni el

(1) Textual.

cabello hasta que recobrase su crédito de General ganando una gran batalla á los Cristianos.

"Yo lo vi casualmente el año pasado en un viaje que hice á Mequínez.—La barba, negra como las alas de un cuervo, le llegaba ya á la cintura, y la cabellera, crespa y erizada como la melena de un león, le caía sobre la espalda en broncos rizos. Su padre lo trataba todavía con desdén, y él hablaba á todas horas de *tomar á Ceuta*, y de lavar con sangre española la mancha que los Franceses echaron sobre su honor quince años antes.—Calcule usted, pues, si nos quedarían esperanzas de paz después que supimos que aquel Príncipe había sido proclamado Emperador de Marruecos.

"Por otra parte, aunque Sidi-Mahommed no hubiese deseado la Guerra (como la deseaba, dijera lo que quisiese su ministro *Sidi-Mohammed-el-Jetib*, residente en Tánger), habríase visto precisado á hacerla ó á abandonar el trono; pues un tío suyo, un tal *Solimán*, que se cree con derecho al Imperio, empezaba á crearse partidarios entre las gentes más belicosas, diciéndoles que su sobrino era un cobarde; que le hicieran á él Emperador, y principiaría su reinado declarando la guerra á los Españoles.

"En tal estado, vino á *Tetuán* un propio con una orden destituyendo á *Fragi*, el administrador de la Aduana de *Río Martín*, quien, como le he dicho á usted, hablaba en contra de la Guerra. Este hecho no dejó ya lugar á duda. Todo el mundo empezó á comprar armas; éstas subieron á un precio fabuloso; los jóvenes se ejercitaban mañana y tarde en el manejo de la guma y en tirar al blanco con las espingardas; las mujeres cosían y bordaban bolsas para la pólvora; hacíanse provisiones en grande escala; celebrábanse juntas en casa del Gobernador; iban y venían correos de aquí á *Sierra-Bullones*; exhor-

taban los Santones á los *creyentes* siempre que se reunían en las mezquitas; construíanse baterías de tierra y ramaje en la playa del *Río Martín*, y guarnecíanse de cañones por Ingleses disfrazados de Moros...

"Sin embargo, había órdenes terminantes del Emperador de no disparar ni un solo tiro ni intentar cosa alguna contra los Cristianos hasta que él avisara oficialmente.—Pero, al fin, un domingo, á mediados de Octubre, y como á cosa de las tres de la tarde, salió un Moro de casa del Gobernador, acompañado de algunas tropas de rey, y dió un pregón en medio de la plaza, diciendo, de orden del Sultán, que *había Guerra con el Cristiano*; que todo el mundo se pusiese sobre las armas; que el que no tuviese espingarda la adquiriese inmediatamente, y que á los pobres se la daría el *Gobierno*.

"Imposible me fuera describirle á usted el entusiasmo con que se recibió esta noticia.—Aquella tarde hubo salvas, carreras de caballos y grandes fiestas en las mezquitas; ayunóse al día siguiente; los Santones declararon que la guerra era *santa*; y ya en adelante todas las mañanas, á eso de las doce, se daba un largo pregón en medio del *Zoco*, contando al pueblo los preparativos que se hacían; las órdenes y consejos del Sultán; la manera cómo se debía pelear con los Cristianos; lo que se sabía de España; el punto donde se reunía vuestro Ejército, y los lugares en que se creía que ibais á desembarcar...

"Estas últimas noticias eran siempre contrarias á las del día anterior...—Tan pronto se hablaba de que ibais á empezar por atacar á Tánger, como que os dirigíais contra *Tetuán*. ; Unas veces se os esperaba por Ceuta; otras por la bahía de Jeremías, y hasta se dijo que pensabais desembarcar en Mogador, para encaminaros desde allí á Mequínez en busca del Tesoro!

"Todas estas cosas las oían los Musulmanes con grandes risotadas. Lisonjeábanse desde luego con la esperanza de exterminaros en el primer choque; ridiculizaban vuestro modo de pelear; decían que, al veros tan pocos, habíais pedido auxilio á los Franceses, quienes os lo habían negado; que los Italianos os proporcionarían embarcaciones, y los Ingleses os prestarían galleta y latas de carne; pero que unos y otros dejarían de socorrederos cuando ya estuviérais en Africa, á fin de que os murierais aquí de hambre...—En fin, señor, estaban tan orgullosos y soberbios estos bárbaros, que á mí se me quemaba la sangre de oírlos..."

—Muchas gracias.—Prosigue.

"—Por entonces mandaba todas las tropas (lo mismo las de Anghera que las de aquí y las que acudían de muchos puntos del Imperio) el Gobernador de *Tetuán*, quien envió á *Sierra-Bullones*, para que se pusiese á la cabeza de las kabilas, á un *kadeb* ó Comandante, llamado *El-Crasí*, en sustitución del que las había capitaneado los primeros días, que era un tal *Ben-Yagiad*, Moro de rey, criado del Cónsul de Inglaterra, sir Drumen Hayde, de quien usted tendrá noticias..."

"En esto principió la Guerra.—Los Judíos estábamos muy vigilados, pues se desconfiaba de nosotros, creyéndose nos afectos á España. Así es que hasta se nos prohibió salir de *Tetuán* y de nuestro barrio; pero desde aquí sabíamos sobre poco más ó menos todo lo que pasaba..."

—¿Llegaban aquí los heridos de las primeras acciones?—interrumpí yo sobre este punto.

—No, señor. Como casi todos eran de aquel país, los curaban en Anghera y en otros aduares de *Sierra-Bullones*... Pero de aquí los enviaban municiones y viveres..."

—¿Qué clase de viveres?

—Pan, manteca, pasas, higos, galleta, dátiles y naranjas.

—¿Y cómo les llevaban todo eso?

—En camellos y mulas del país. Después trajo consigo Muley-el-Abbas mil quinientas caballerías para transportar heridos... Pero este Príncipe no había venido todavía...

—¿Y qué decían los Moros acerca de los primeros encuentros?

—Que siempre ganaban; que no sabíais tirar; que no apuntabais, y que os habíais tenido que encerrar en *Ceuta*.

—¿Cuántos Moros nos combatirían por entonces?

—Unos quince mil..., todos voluntarios y de kabilas, mandados ya por el Bajá de Tánger.—Porque las primeras tropas de Rey las trajo el *Santo de Guazán*...

—Hazme el favor de decirme qué clase de santo era ése.

—El *Santo de Guazán* era (y digo era, porque lo matasteis detrás del Serrallo) un hermosísimo Moro de Rabat, que no habría cumplido todavía los treinta años, y un prodigio de valor y ciencia. Llamábase *Hach-el-Arbi*, y su categoría venía á ser la de Patriarca de todo el Imperio. Vestía con mucho lujo, y mandaba mil quinientos caballos de lo mejor del Ejército imperial. Entró en *Tetuán* al mediodía, y permaneció en él unas dos horas, que empleó en visitar las mezquitas y conferenciar con el Gobernador.—Al tiempo de irse, dijo á los Moros: "*Hoy es viernes...—¡Acordaos!... ¡Cuando llegue otro viernes habrá ardido la Misa en Ceuta, ó yo habré dejado de existir!*"

—¡Buen profeta era ese santo!

—¡Ya ve usted si lo era! ¡Al viernes siguiente lo enterraron en esta ciudad!—Marchóse por la Puerta del Cementerio, y era tanta la gente que

acudía á verlo y á besarle las rodillas y hasta el caballo, que no lo dejaban caminar. Entonces fué cuando dijo que, á ruegos suyos, Alá había enviado el cólera, no sin revelar también el propio Dios que una tercera parte del Ejército cristiano moriría de la peste, otra tercera en el mar, y la restante por fuego de las armas.

—¡Demonio! ¿Hacia cuándo pasó por *Tetuán* ese hombre?

—Le diré á usted. La primera acción á que asistió el *Santo de Guazán* (y en que quedó muerto con muchos de los jinetes que mandaba) fué una que hubo en el camino de Casa Blanca, un jueves por más señas... mucho antes de la batalla de los *Castillejos*...—Y recuerdo que era jueves, porque cuando, al siguiente día, entró en *Tetuán* el cadáver del *Santo*, los Moros estaban celebrando su *Sábado*, que, como usted sabe, es en viernes...

—¡Un jueves!... (reflexioné yo). Esa debió de ser la acción del 15 de Diciembre; la primera en que se encontró el TERCER CUERPO.—Y, en verdad, recuerdo haber oído que aquel combate fué también el primero en que se presentó Caballería marroquí...—Nuestras granadas derribaron á la tarde muchos jinetes, entre los cuales había algunos con banderas verdes y amarillas...

—¡Justo! Aquel día tuvieron tanta pérdida los Moros, que se vieron obligados á transportar á *Tetuán* doscientos heridos, además de los que se quedaron en *Anghera* y de los que murieron en la travesía por esos montes...

—Me has hablado de Muley-el-Abbas... (proseguí, después de un intervalo de silencio). ¿Podrás tú calcular hacia cuándo se puso al frente de sus tropas?

—Voy á echar la cuenta.—A los pocos días de morir el *Santo de Guazán*, supimos aquí que Muley-el-Abbas se encontraba en el *Fondak* con

muchas fuerzas del *Magreu*, ó sea de *Magacenis*...

—¿Y qué es eso?

—Es lo que vosotros llamáis *Moros de Rey*; especie de Ejército vitalicio, mixto de Milicia Nacional y de Cuerpo de Policía, compuesto de unos 25.000 hombres, ordinariamente desparrramados por todo el Imperio, en el cual éstos desempeñan muchos destinos y prestan grandes servicios administrativos y de todo género, teniendo como recompensa el usufructo de terrenos que les cede el Sultán por toda su vida. Los *Magacenis* ó *Moros de Rey* llevan espingarda, gumía y pistolas, y son casi todos de Infantería.

—Continúa.

—Muley-el-Abbas hizo alto con unos 12.000 hombres de esta gente en la encrucijada de los caminos de *Tánger*, *Fez*, *Tetuán* y *Anghera*, no atreviéndose á echar por ninguno de ellos hasta saber la dirección que tomaba el Ejército cristiano, á fin de salirle al encuentro inmediatamente. Así permaneció cerca de una semana. Por último, díjose de público que vuestro proyecto era venir sobre *Tetuán*, y que para ello construís un camino á todo lo largo de las playas del Tarajar y de los *Castillejos*...—¿Es así?

—Efectivamente.

—¡Pues entonces fué cuando pasó por *Tetuán* Muley-el-Abbas!

—¿No recuerdas el día?

—Usted lo adivinará.—¿Cuándo celebran su Pascua los Cristianos?

—El 25 de Diciembre.

—¿Tuvisteis un gran combate al amanecer de ese día?

—Sí que lo tuvimos...

—¿Sería domingo?...

—Justamente.

—Pues, entonces, Muley-el-Abbas estuvo en *Tetuán* el 22 de Diciembre.—Verá usted cómo

saco la cuenta. Al tiempo de despedirse el Príncipe del Gobernador, le dijo estas ó semejantes palabras: "*Llevo prisa: pasado mañana sábado celebran los Españoles la víspera de su Pascua, y velarán toda la noche, cantando y bebiendo, como tienen de costumbre; por lo cual he pensado sorprender su Campamento al amanecer del domingo, cuando estén más ebrios y fatigados, y no dejar un Cristiano con cabeza.*"

—Así lo hizo; sólo que no estábamos ebrios, y los degollados fueron los Moros.—Pero, en fin, prosigue. Háblame de Muley-el-Abbas. Nuestro Ejército lo estima mucho sin conocerle y sin darse cuenta del motivo... Quizá consiste en que sabemos que es de los Príncipes que se batien.—Cuéntame, con algunos pormenores, su entrada en *Tetuán*.

—Fué muy sencillo. Cuando se supo que llegaba, estaba ya á las puertas de la ciudad. Las Autoridades y el pueblo salieron á recibirlo. La *Alcazaba* lo saludó con veintiún cañonazos como á Príncipe imperial, y nosotros, los Judíos, fuimos encerrados en nuestro barrio para que no le viésemos...

"Yo le vi, sin embargo, desde una azotea que da á la plaza.—Delante de él entraron veinte músicos tocando tambores y trompetas.—(Estas trompetas son de cuerno, y no suenan tanto como las que traéis vosotros.)—Después venía el Príncipe, montado en un caballo alazán, ricamente enjaezado, y seguido de tres caballos de mano, que conducían del diestro tres esclavos negros.—Dos jóvenes jinetes cabalgaban cerca de él, cada uno á un lado, quitándole las moscas con pañuelos de seda, mientras que las gentes del pueblo (así los pequeños como los grandes) le besaban las rodillas con veneración y respeto. Era la primera vez que el Emir entraba en *Tetuán*, y todo el mundo lo miraba con avidez;

pues goza de mucho más partido que su hermano el Emperador, por sus virtudes, su arrojo y su modestia.

"Muley-el-Abbas (ó, más bien dicho, Muley-el-Abbés) tendrá treinta y cinco años; es alto, un poco grueso, sumamente elegante y de color pálido muy obscuro. A diferencia de su hermano *Sidi-Mahommed*, tiene la barba fina, corta y suave. Vestía un jaique verde muy rico, bonete colorado, turbante blanco y botas amarillas. No llevaba armas sobre su cuerpo.

"Acompañábasele, como escolta, hasta mil caballos, que llenaron toda la plaza, mientras que el resto del nuevo Ejército, consistente en diez mil infantes y otros mil caballos, pasó por fuera de la ciudad y estuvo acampado cerca de Cabo Negro las pocas horas que el Príncipe permaneció entre nosotros.

"Este conferenció largamente con el Gobernador, reconoció las baterías del *Martín* y los fuertes de la ciudad; visitó las mezquitas una por una, orando devotamente en todas ellas, y se marchó al fin entre los aplausos y aclamaciones de los pacíficos habitantes de *Tetuán*.

"La primera noticia que después hubo de él la trajeron trescientos heridos que llegaron á las tres noches, en medio de un espantoso temporal.—Por aquellos heridos se supo (aunque los vecinos de *Tetuán* trataron de ocultarlo) que al amanecer del día de la Pascua cristiana había intentado, efectivamente, Muley-el-Abbas sorprender el Campamento español, pero que vosotros estabais vigilantes y lo sorprendisteis á él, cortándole y matándole parte de sus fuerzas y rechazando las demás, después de hacer en ellas una espantosa carnicería con vuestros cañones de trampa...—Usted sabrá si hay algo de verdad en lo que digo; pero yo lo cuento como me lo contaron los Moros..."

—Abraham... ¡Estos ojos lo vieron! Fué una mañana horrible para los Mahometanos...—Continúa.

—“Pocos días después pasó por *Tetuán* un *Alcaide* muy poderoso, de tierra de Fez, llamado *Ben-Auda*, con otros mil quinientos hombres de Infantería y de Caballería.—Eran kabilas.

“Luego pasaron muchas gentes del Rif, tan corpulentas y feroces, que daba miedo verlas.—Estas no se detuvieron en *Tetuán* sino para comer, y me contaron que habían degollado al *Alcaide* de *Gumara*, pueblo que distará de aquí unas cuatro leguas, por no haber querido el pobre hombre reforzarlos con su kabila, que, entre paréntesis, es la más pacífica y trabajadora de estas comarcas.

“Entonces emprendisteis vuestra marcha hacia *Tetuán*; y, al mismo tiempo que esta noticia, llegaron aquí otros setecientos heridos Moros...”

—¡Eso fué el día de Año Nuevo!...

—Sí, señor; el día de la batalla de los *Castillejos*.

—¡Cuéntame! ¡Cuéntame!

—¿Veis cómo avanzan los *Cristianos*? (preguntaban los *Tetuanés* pacíficos á los de armas tomar). ¿Diréis todavía que vais ganando en la *Guerra*? ¿Confesáis, al cabo, que no podéis con los *Espanóles*?

—¿Y qué contestaban á eso?

—Decían que os dejaban avanzar á fin de que, perdiendo vuestra comunicación con *Ceuta*, no pudieseis recibir socorro alguno sino por medio de los vapores.—“Entonces (añadían) el *Levante* hará lo demás. Los barcos tendrán que irse, y esos perros perecerán de hambre.”

—¡Cerca anduvimos de que nos sucediera así!...

—Ya nos lo dijeron.

—¿Qué decían?

—Que llevabais tres días de estar incomunicados por mar y tierra; que se os habían acabado los víveres, y que os manteníais con hierba ó con bichos de los que arrojaban las olas...

—¿Algo de verdad hay en eso!—Dime... ¿Y prisioneros nuestros? ¿No venían á *Tetuán*?

—Vinieron después de la batalla de los *Castillejos*. Antes sólo habían llegado... sus cabezas...

—¿Muchas?

—Diez ó doce.

—¿Y qué hacían con ellas?

—Las salaban y se las mandaban al Emperador... Sin embargo, los muchachos del pueblo se apoderaron de una, y la estuvieron arrastrando todo un día por esas calles...

—¡Monstruos!—exclamé furiosamente.

—También ellos han padecido mucho... (se apresuró á decir Abraham por consolarme). Sus heridos se morían casi todos, comidos de ganguena, por falta de cuidado. En *Sierra-Bullones* y en *Río Azmir* han pasado hambres espantosas, y hubo un día en que desertó una kabila entera, diciendo que no se podía con los *Espanóles*; que sonaba la corneta y salían los hombres de la tierra como gusanos; que por aquí bayonetas, por allí tiros, por este lado piedras, en aquél cañones..., en todas partes encontraban la muerte; que era inútil huir, puesto que las balas de trampa llegaban á todas partes, y que últimamente habíais inventado unos rayos que culebreaban por el suelo, como las exhalaciones por la atmósfera...

—¡Ah! Sí: los cohetes á la *Congrève*...

—¿Eso sería!—Cuando estabais en las lagunas le matasteis el caballo á *Muley-el-Abbas*, y éste se halló á punto de caer prisionero. En *Cabo Negro* le incendiasteis la tienda con una granada, en ocasión que él estaba dentro tomando café. Habéis matado una infinidad de jefes, Der-

viches, Alcaldes y Santones... ¡En fin, señor, se han cobrado los Españoles con usura del daño que les hayan hecho los Marroquíes!

—Dime, ¿y por qué no tienen Artillería de Campaña los Moros?

—La tienen en Mequínez, compuesta de veinte piezas; pero no hay caminos para transportarla hasta aquí. Sólo dos cañoncillos de montaña pudieron traer al principio, con los cuales hicieron fuego en los *Castillejos*; pero se inutilizaron en seguida.—En lo que sí son ricos es en Artillería de posición. Todas sus plazas terrestres y marítimas están defendidas por enormes cañones muy antiguos, que manejan los *renegados*, procedentes de vuestra tierra. De unos dos mil hombres se compone este Cuerpo de Artillería, designado por todo el Imperio, y que forma parte del *Nizam*.

—¿Qué es el *Nizam*?

—El *Nizam* es una fuerza de Infantería á la europea, ó, mejor dicho, á la turca, que hay en Fez, compuesta de unos dos mil hombres.

—Y ¿cómo no ha venido á esta Guerra?

—Porque es lo más flojo del Ejército marroquí.—¡Los Moros no han nacido para pelear ordenadamente y en formación como vosotros!—¿Qué otra cosa quiere usted saber?

—Háblame más de nuestros prisioneros.—¿Cuántos habréis visto en *Tetuán*?

—Unos diez y ocho ó veinte.—Los primeros traían chaquetas blancas...

—¡Ah! Sí... ¡El día 1.º de Enero!... — Esos eran Húsares...

—Trajeron tres... ¡Todos ellos heridos de gravedad!—A los pocos días murieron, y sus chaquetas se vendieron en la Judería.—Pero el que me hizo reír fué un soldado vuestro muy joven, á quien oí tomar declaración en la plaza la misma tarde que le cogieron...

—¿Cuántos sois?—le preguntó un jefe de Caballería, grande amigo de Muley-el-Abbas.

—Setenta mil (respondió muy formal el soldado), y otros setenta mil que van á llegar de un momento á otro.

—¿Y tenéis muchos cañones?—replicó el Moro, frunciendo el ceño.

—¡Quinientos nada más! Pero se esperan los principales.

—¿Cuánto alcanzarán los mejores?

—Cuatro leguas.

—Los Moros se miraron llenos de asombro.

—¿Y qué hacéis parados tanto tiempo en *Río Martín*, teniendo tan buenos cañones?—insistió el jefe de Caballería, lleno de furia.

—Estamos construyendo casas—contestó el soldado sin alterarse.

—¿Todo eso es mentira! (exclamó un guerrero viejo). Pero sirves bien á tu Rey y eres un valiente.—No temas por tu vida... Yo cuidaré de ti."

—¿Y vive ese soldado?—le pregunté á Abraham con verdadero interés.

—Sí, señor; se lo llevaron á Fez con los demás prisioneros, y sabemos que allí no han matado á ninguno.

—¿Cómo los trataban aquí?

—Mal..., sobre todo en comida.

—Y ellos..., ¿qué tal estaban de humor?

—Al principio, muy apenados; pero después reían y bromeaban con los Moros.

—Según eso, ¿los dejaban andar por la ciudad?...

—Sólo por el *Zoco*, y eso con testigos de vista. A la noche, los encerraban en los calabozos de la casa del Gobernador.

—Volvamos á la historia.—Ibamos por la batalla de los *Castillejos*. ¿Qué supisteis después?

“—Ya no supimos nada, sino que avanzabais siempre. Los heridos no cabían en las casas, y la ciudad era un puro lamento. Pasaron dos ó tres días sin que se oyera hablar de vosotros ni del Ejército de Muley-el-Abbas. Al cabo de ellos vimos llegar una infinidad de Moros por las alturas de *Sierra Bermeja*, los cuales descendieron á la llanura de *Guad-el-Jelú*. Al principio creímos que eran nuevos refuerzos enviados del interior; pero pronto cundió la voz de que no eran sino las tropas de Muley-el-Abbas, rechazadas y vencidas en una infinidad de combates, que venían á tentar el último esfuerzo en *Cabo Negro*, por donde debíais asomar los Españoles de un momento á otro...

“Con efecto, al día siguiente empezamos á oír desde el amanecer un vivísimo fuego hacia aquel lado, y vimos el humo del combate sobre todas las cimas del promontorio.

“—¡*Los Cristianos!* ¡*Los Cristianos!*—gritaron las mujeres y los niños, escondiéndose en los últimos rincones de sus casas.

“—¡*Estamos perdidos!*—exclamaron, por último, los Tetuanés menos belicosos.

“—¡*Nos queda nuestra Caballería!*—dijeron los más arrojados.

“—*Muley-Ahmed, el hermano mayor del Sultán, debe de llegar con refuerzos dentro de pocos días* (añadió, por último, el Gobernador). *Entonces vengaremos en una hora toda la sangre marroquí derramada por los Españoles en dos meses.*—¡*Ahora principia la verdadera Guerra!*...

“Sin embargo, aquella noche entraron en Tetuán otros ochocientos Moros heridos.—La población estaba consternada. Nosotros, los Hebreos, locos de alegría.

“Entretanto, Muley-el-Abbas escribía al Emperador diciéndole que ya ocupabais la Aduana

del *Río Martín*, y que, si no le enviaba fuerzas, no respondía de *Tetuán*.

“Dentro de esta Plaza cundía la misma desanimación.—Todas las obras construídas en la playa después que vuestros buques bombardearon el *Fuerte Martín*, habían sido completamente inútiles.—Un nuevo Ejército español acababa de desembarcar á la vista de los Moros, sin que éstos pudiesen impedirlo, merced á vuestro feliz pensamiento de apoderaros antes de la llanura.—La numerosa Caballería que os atacó el día 16 fué rechazada, y vuestros cañonazos la obligaron á refugiarse bajo los muros de *Tetuán* ó en las montañas vecinas... ¡Proyectil hubo que llegó á las huertas, mientras que otros muchos causaron incendios y destrozos en las tiendas que circundaban la *Torre de Jeleli!*—¡Todo, todo era inútil contra vosotros!... La numerosa y flamante Caballería en que tanto confiaba Muley-el-Abbas, no se había atrevido á atacar vuestros Batallones.—¿A qué esperaban ya los pertinaces Musulmanes para declararse vencidos?

“¡Pues, sin embargo, seguían obstinados en su empeño; y, en tanto que llegaban los refuerzos que habían pedido, consagráronse en cuerpo y alma á construir los parapetos y trincheras que tomasteis en la última batalla!...; En cambio, los pacíficos vecinos de *Tetuán* miraban con terror y desesperación aquel sinnúmero de tiendas que establecisteis desde el mar hasta la Aduana!—; Vistos desde aquí, vuestro Campamento y vuestros barcos semejaban una gran ciudad mucho más grande y poderosa que la que veníais á combatir!—Yo me pasaba los días en mi azotea con los ojos fijos en aquel maravilloso espectáculo, y desde allí he divisado, con auxilio de un buen antejo, los tres últimos combates; vuestros reconocimientos; los cañonazos que os

tiraban los Moros; vuestros ejercicios en los días de paz, y, en fin, todo lo que ha pasado desde el 14 de Enero hasta el día de ayer."

—¿Viste, pues, la acción del 23 de Enero?...

"—¡Completamente! Al amanecer empezasteis á disparar cañonazos. Los Moros no podían explicarse qué significaba aquello. Al fin, un prisionero que os habían cogido la tarde anterior en el río *Jelú* (donde estaba lavando), dijo que celebrabais los días del hijo de la Reina de España...

"—¡Ayudémosles á celebrarlo!—exclamaron los Moros, y se lanzaron á la llanura de la manera que usted recordará.

"Yo, desde mi azotea, vi aquella reñida lucha... ¡El vivo fuego de los fusiles, las cargas de vuestros caballos, y, por último, el tremendo avance de la Artillería, todo lo divisé perfectamente!...

"Ya estabais al pie de los Campamentos moros... El cañón resonaba cada vez más cerca... Enormes masas de bayonetas relucientes ocupaban toda la llanura... Los mejores guerreros mahometanos corrían llenos de miedo por las cumbres de *Sierra Bermeja*, y el viento nos traía el son de vuestras músicas, unido al estruendo del combate y á los ardientes *vivas* á la Reina de España...

"—¡Que entran! ¡Que entran! ¡Los Cristianos han vencido!—exclamaban los habitantes de esta Plaza, disponiéndose también á la fuga.

"Yo mismo creí que os apoderabais aquella tarde de *Tetuán*...

"Luego fué alejándose poco á poco aquel estrépito... Ya sólo se oían los ecos de las músicas y el redoblar de los tambores...—El peligro había pasado por aquel día...

"A la noche entraron en *Tetuán* doscientos cincuenta heridos, los cuales olvidaban su propia desventura al considerar los muchos y bra-

vos compañeros que habían sido enterrados en el mismo campo de batalla...

"—¡*Muley-Ahmed!* ¡*Muley-Ahmed!* (decían). *Tú sólo puedes salvarnos. ¡Ven pronto, Muley-Ahmed, ó encontrarás á Tetuán en poder de los infieles!*

"Pasaron algunos días de abatimiento y de tristeza... Pero el valor del Arabe se rehace con facilidad, y la llegada de cinco mil *Bojaris* procedentes de Mequínez, que entraron en *Tetuán* el día 26 por la mañana, bastó á reanimar el espíritu de las tropas de *Muley-el-Abbas*.

"Los *Bojaris* son los que vosotros soléis llamar la *Guardia Negra*. En efecto: se compone en su mayor parte de negros, y está encargada de la custodia de la *sagrada* persona del Emperador. Compónese de unos quince mil hombres, casi todos de Caballería; están dotados también con terrenos que disfrutaban vitaliciamente, y usan espingarda con bayoneta, sable-gumía, puñal y pistolas.

"Por esta nueva gente (que venía llena de furor y de entusiasmo) se supo que el príncipe Ahmed estaba de camino con otros seis mil *Bojaris*, y que debía de llegar de un momento á otro... Festejaron, pues, los *Magacenis* y las kabilas con salvas y grandes voces á la primera división de *Guardia Negra*, y se dispusieron á recibir con mayores demostraciones de respeto y alegría al hermano de *Muley-el-Abbas*.

"El día 29 anuncióse al fin que *Muley-Ahmed* asomaba por *Wad-Rás*.—Todo el mundo subió á las azoteas, y muchos personajes de *Tetuán* salieron hasta el puente de Buceja á recibir al ansiado Príncipe.

"Este penetró en *Tetuán* como á las once de la mañana. — La Alcazaba y las puertas de la ciudad lo saludaron con cuarenta cañonazos. Las mezquitas, adornadas con arcos de verdura;

la muchedumbre, corriendo por las calles, ansiosa de verlo y de besar sus rodillas; los espingardazos disparados al aire; los gritos; las músicas; todas las señales del más frenético entusiasmo, indicaron á Muley-Ahmed la oportunidad con que llegaba, haciéndole imaginarse que él estaba llamado á salvar la honra del Ejército y la integridad del territorio marroquí.

"Ufano, pues, y orgulloso (lo cual es propio de su carácter superficial y ligero) pasó por *Tetuán* sin detenerse un punto, y se dirigió al Campamento de su hermano Abbas, seguido de sus peones y jinetes, que, en verdad, eran las mejores tropas del Imperio, las cuales no habían tomado aún parte en la Guerra.

"Muley-Ahmed es mulato, y de los más oscuros. Tiene la misma edad que Muley-el-Abbas, pues creo que sólo se llevan días; pero no se le parece ni en el carácter ni en el rostro. Pasa por hombre atolondrado y de mala vida, muy dado á las *zambras*, al lujo, á la *fantasía* y á la mujer ajena. Hace inoportunos alardes de valor, y habla y miente tanto, como sus hermanos son formales y taciturnos.

"El día que cruzó por aquí iba muy bien vestido, todo de blanco, montado en una hermosísima yegua, blanca también, y seguido de tres caballos de mano para cuando quisiese ó necesitase variar de cabalgadura. — Acompañábanle once *Alcaides* muy poderosos, la mayor parte de avanzada edad, hombres unos acreditados en el consejo, y avezados los otros á largas luchas con las feroces kabilas del lado allá del Atlas. — Entre ellos merecen ser nombrados Ben-Almda y Mahomed-Ben-Alí, que tantas proezas han hecho en los dos últimos combates.

"A eso de las dos de la tarde llegó esta lucida comitiva al Campamento de Jeleli, donde la recibieron nuevas salvas y aclamaciones..."

— ¡Las oímos desde *Fuerte Martín!*... — exclamé yo, que encontraba singular placer en mirar cómo tomaban cuerpo y realidad aquellas remotas apariencias que tanto me habían preocupado durante nuestra estancia en la llanura de Levante.

"— Los dos Muleyes (prosiguió Abraham) se abrazaron con efusión y cariño, y de la conferencia que tuvieron en seguida resultó que dos días después atacarían juntos vuestras posiciones, con el firme propósito (fueron sus palabras) "de morir todos en vuestras trincheras, ó arrojaros de cabeza al mar y abrasaros con vuestros mismos cañones".

— ¡Ah! Sí: ahora comprendo el terrible combate del día 31...

"— Figúrese usted que eran ya treinta y ocho mil hombres entre todos; que habían recibido gran cantidad de municiones y víveres, y que estaban desesperados por lo ocurrido hasta entonces, cuanto envalentonados por las jactanciosas arengas de Muley-Ahmed. — Nosotros mismos, los que más desconfiábamos de la causa de los Moros, empezamos á creer que conseguirían aquel día alguna ventaja... Tantos miles de caballos y peones eran capaces de cualquiera cosa, sobre todo cuando los mandaban sus Príncipes; cuando jugaban el todo por el todo; cuando su amor propio estaba excitado por la emulación que ya mediaba entre los dos hermanos del Sultán; cuando tenían á la espalda una ciudad que los observaba; cuando había, en fin, más lejos un Pretendiente al Imperio, que se prevaldría de las derrotas de Sidi-Mahommed, *el de la mala estrella*, para allegar partidarios á su causa. — ¡Por eso aquella lucha fué tremenda, formidable, encarnizada como pocas!

"Yo la vi también, aunque á gran distancia. — Mas ¿qué digo yo?... ¡Todo el vecindario de *Te-*

tuán, sabiendo lo que se jugaba en la contienda, hallábase asomado á las murallas, después de haber dispuesto sus familias y sus equipajes para una posible fuga!...

"Al principio, cuando se vió que la Caballería árabe rebasaba vuestro Campamento por la izquierda y se adelantaba casi hasta el mar; cuando se divisaron aquellas blancas nubes de infantes y jinetes que os acosaban por todas partes; cuando se os miró atascados en los pantanos y lagunas, y vimos á vuestra Caballería correr valle abajo rechazada y casi dispersa, cundió por la ciudad la noticia de que estabais derrotados, de que la victoria era de los Príncipes, de que ya levantabais vuestro Campo..., ¡y no sé cuántas falsedades más! Pero, ¡ah!, de pronto pueblan el aire mil gritos de terror... Los cañonazos retumban como un continuado trueno... Esos *cohetes* que usted dice, cruzan como rayos de una parte á otra... Vuestras cornetas se oyen tan cerca, que parece que están debajo de estas murallas... Los Moros huyen en todas direcciones... Los heridos que van entrando en la ciudad dan la voz de *¡Sálvese el que pueda!*... Otros llegan después, diciendo que no hay cuidado, que no pensáis venir á la Plaza todavía, pero que Muley-Ahmed y Muley-el-Abbas han sido derrotados...—¡Quién añade que han muerto!—Las mujeres y los niños lloran y gimen, como yo no había visto nunca á la gente mora... Los vecinos de *Tetuán* se dirigen á orar á las mezquitas... Las mejores tropas del Imperio pasan á todo escape por los dos lados de *Tetuán*... Sus jefes las persiguen, gritándoles: "*¡Cobardes, á la trinchera; que van á robarnos el Campamento!*" Y esta voz detiene á algunos, que vuelven al campo de batalla, donde sucumben miserablemente, destrozados por vuestros huecos proyectiles...—¡La verdad es que todos creímos

que aquel día os apoderabais, cuando menos, de las tiendas enemigas!..."

—No era tiempo.

"—Vuestras bayonetas se veían relucir en todas las alturas de *Sierra Bermeja*. La *Torre de Jeleli* estaba materialmente cercada. Vuestras granadas llegaban á *Tetuán*..., tanto, que una de ellas mató á un Moro en el mismo Cementerio... ¡Qué consternación! ¡Qué agonía dentro de la Plaza!... ¡Y qué secreto júbilo en nuestro cerrado barrio!

"En fin... — ¡Qué más quiere usted que le diga?—¡Trescientos muertos enterraron los Moros aquella tarde, y novecientos heridos entraron aquella noche en *Tetuán*!..."

—Pero ¿qué se ha hecho de tanto herido?— pregunté yo entonces al Hebreo.

—Los de esa acción salieron para Tánger al día siguiente, pues aquí no había ya dónde tenerlos ni quién los asistiera. Los de la batalla última se los llevaron ayer los Moros al evacuar á *Tetuán*...

—Sí, eso lo vi yo mismo...

—Pues bien: los demás, ó se han muerto (que es lo que ha pasado á la mayoría), ó están dentro de la ciudad...

—¿Dónde?

—¡En las casas de los Moros!—Pues ¿qué? ¿Cree usted que no hay Moros en *Tetuán*?—¡Lo menos hay ocho mil encerrados en sus casas..., y, uno sí y otro no, todos tendrán sus armas escondidas!

—¡Mal quieres á los Mahometanos!

—Medianamente.

—Pues hablemos de la batalla del 4.

—¡Ah! ¡Esa!... ¿Quién la podrá contar?

—¿También la viste?

—También; y desde que noté que erais vosotros los que atacabais sin provocación alguna,

comprendí que ya no había remedio para los Moros. ¡Por supuesto, que todo el mundo lo conoció aquí de la misma manera!... ¡La acción del 31 había acabado con todas las ilusiones!

—¿Qué decía Muley-el-Abbas después de esa acción?

—¿De cuál?

—De la del 31.

—Ni él ni su hermano volvieron á poner los pies en *Tetuán*: les daba vergüenza; pero aquí supimos que Muley-Ahmed estaba desesperado, y que entonces era ya Muley-el-Abbas quien lo infundía valor, diciéndole que no se había perdido todo; que sus trincheras artilladas y las posiciones de sus Campamentos se podían calificar de inconquistables, y que antes de apoderarse de ellas os estrellaríais al pie de sus cañones y de los tiradores emboscados que defenderían el camino de *Tetuán*...

”Y, á la verdad, las obras construídas en aquellos parajes... (usted las habrá visto) eran imponentes. Fosos, lagunas, cañaverales, parapetos, la *Torre de Jeleli*, el río *Jelú*, árboles, malezas, caseríos, todo contribuía á dificultaros el paso. Vuestra Artillería sería impotente una vez internados en tales laberintos... Había, en fin, muchos motivos, si no para confiar en que no penetraríais en la Plaza, para suponer que el conseguirlo os costaría aún varios combates y muchos miles de hombres...

”¿Cuál sería, pues, el asombro de todo el mundo al ver entrar en *Tetuán* á los dos Príncipes á las cuatro y media de aquella tremenda tarde, pálidos como la muerte, á todo el escape de sus caballos, gritando con descompuestas voces: “¡Huíd..., huíd!...—¡El que nos ame, que nos siga!... ¡Todo se ha perdido!... ¡Tetuán es de los Cristianos!”

—¿Quién decía eso? ¿Muley-el-Abbas?

—No, señor, ¡Muley-Ahmed! —; Muley-el-Abbas, reposado y triste, se lamentaba de la cobardía de sus tropas, que habían abandonado todas las posiciones no bien perdieron las primeras, y daba órdenes de coger y degollar á los jefes de kabila que habían huído...

—¡Degollarlos!

—Así se hizo con algunos.—Entretanto, la Judería era asaltada por aquellas enfurecidas hordas...—Nosotros...

—Sé lo demás... (le dije al Hebreo, interrumpiéndole). Hemos concluído por hoy, amigo Abraham.—Mañana podrás contarme las desventuras particulares de los Judíos.

Y me despedí de él políticamente.

VII

Actitud del Pueblo vencido y del Ejército vencedor.
El Palacio de *Erzini*.—La *Mezquita Grande*.

El mismo día.

Estoy en el Palacio de *Erzini*; pero antes de decirlo quién es *Erzini* y de describiros su Palacio, voy á apuntar algunas de las cosas que más han llamado hoy mi atención al venir desde la alborotada Judería á este sosegado barrio moro.

Primeramente, cerca de la casa de Abraham encontré una multitud de soldados nuestros á la puerta de otra casa hebrea, donde sonaban descompasados gritos de hombres y mujeres.

—Chicos, ¿qué es eso?—pregunté á los soldados, procurando hacerme lugar para ver lo que pasaba.

—¡Calle usted, hombre! (me respondió un Granadero andaluz). ¡Si es la cosa más particu-